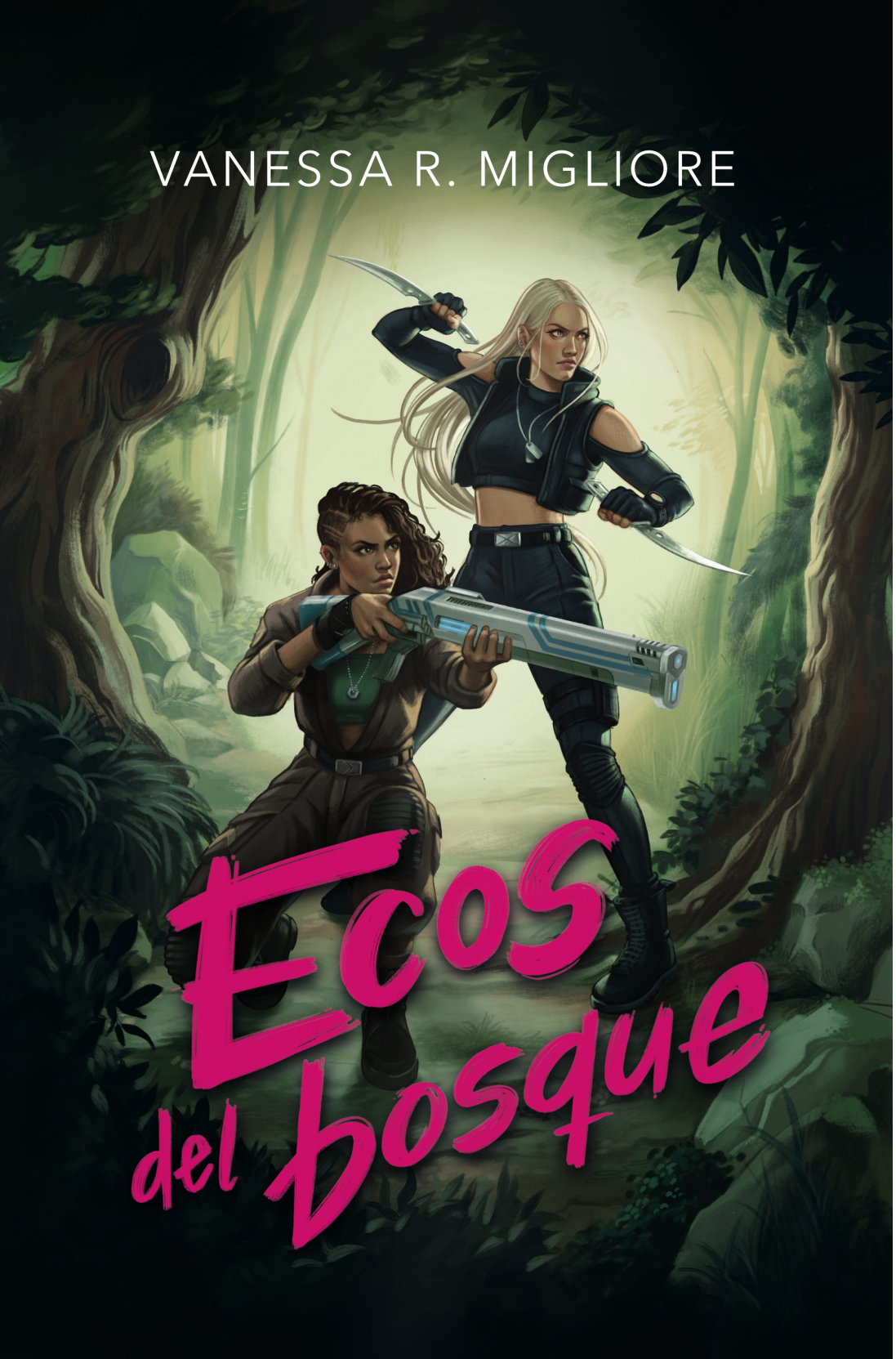


VANESSA R. MIGLIORE



Ecos del bosque

Vanessa R. Migliore

Ecos del bosque

AERIS

Primera edición: septiembre de 2025

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Vanessa R. Migliore, 2025

© de esta edición: Faeris Editorial (Grupo Anaya, S. A.), 2025

Valentín Beato, 21. 28037 Madrid



ISBN: 978-84-19988-70-6

Depósito legal: M. 11.760-2025

Impreso en España - Printed in Spain

Descubre aquí el reino de Faeris:



*Para todas las que hemos caído en un pozo de oscuridad y,
pese a la tristeza y el dolor, hemos salido de allí gracias a los libros.*

Las historias nos han salvado.

PRÓLOGO

Kim tenía cinco años la primera vez que escuchó hablar del bosque. Le apasionaba el misterio oculto en aquellos árboles cuyas ramas torcidas no habían visto a ningún humano desde hacía años. Por aquel entonces, no imaginaba que entre esos troncos se escondía un secreto tan profundo que la historia se empeñaba en desterrarlo, un secreto tan afilado como los fragmentos de acero que se erigían entre los pinos y los abetos salvajes.

Desde hacía décadas, la presencia humana en aquel lugar era un vago recuerdo que permanecía solamente en los registros históricos que se leían en las escuelas. Los mismos registros donde los científicos se lamentaban de haber dado vida a las dichas bestias a las que los niños temían por las noches. Pero Kim ya no era una niña, igual que no era una cobarde, y deseaba echar una mirada a los despojos de otra época, a las maravillas que la tecnología había creado y soltado en un territorio que luego se había convertido en prohibido.

Sostuvo el cañón en la mano derecha: era un bláster cinco que había comprado en el mercado negro, una de sus posesiones más valiosas. No es que fuese muy dada a las armas, pero, en ese momento, Kim estaba metida en asuntos que la hacían necesitar algo más de seguridad. Algo más de protección.

A su espalda había dejado la silueta de Ciudad Espejo. Las torres de aluminio tintado se alzaban como agujas contra el cielo, tan delgadas que debía fijar la vista para distinguir las luces diminutas tras sus ventanas. Desde esa distancia, los edificios eran apenas manchas dispersas entre los anillos de la ciudad, insignificantes junto al palacio plateado.

Una vibración de su pulsera transmisora la obligó a prestar atención a su alrededor y, con un movimiento calculado, deslizó los dedos por la pantalla para leer el mensaje. Aquella era su señal.

Con la mano entumecida, cogió el bláster y pegó la espalda al muro que estaba vigilado por los agentes, el que separaba el bosque de los bordes de la ciudad. Sus sombras parecían menos amenazantes de lo que en realidad eran, y Kim lo sabía. La súbita inquietud de lo ilegal le trepó por la espalda y se aferró a la valentía que de niña solía definir su carácter rebelde, uno que su madre había achacado a la juventud e inexperiencia. Si pudiese verla ahora, seguro que se echaría las manos a la cabeza: una cuarentona irreflexiva, con dos hijas preciosas y que, pese a las maravillas de las que disfrutaba, se arrojaba sin pensar al riesgo por satisfacer su propia vanidad.

La mujer tragó saliva y solo se detuvo cuando una figura saltó a su derecha. Durante un momento creyó que era uno de los vigilantes y estuvo a punto de encañonarla. Tardó un segundo en darse cuenta de quién era.

—Joder, Emily —susurró con el corazón aporreándole las costillas—. No vuelvas a darme esos sustos.

Emily esbozó una sonrisa inocente. Era joven, demasiado bajita y esbelta como para considerarse una belleza de proporciones ideales de acuerdo a lo que se vendía en las redes sociales; poseía una piel oscura, una nariz chata y con el tabique algo desviado, además de unos labios delgados sobre unos dientes demasiado torcidos.

Con el dedo índice, Emily señaló el bosque. Kim entrecerró los ojos y notó una presión muda entre los omoplatos al percibir el brillo lejano entre los árboles.

—¿Es un alpha? —preguntó con la voz áspera, pero Emily no respondió.

Los pelos se le pusieron de punta y sacó de su mochila unos binoculares de alta gama que utilizó para otear el paraje. Si era un alpha, más le valía asegurarse de guardar una imagen para estudiarla más tarde en casa. No tuvo oportunidad de rendirse a la idea: el aparato escaneó el terreno haciendo que la lucecita azul de la pantalla titilara suavemente indicándole que no había nada llamativo. Maldijo para sus adentros y bajó los binoculares.

—No veo nada —musitó en voz baja mientras la luz de los binoculares señalaba que no existía fuente de calor.

La decepción inundó el rostro de Emily, que se recostó contra la piedra dejando escapar un suspiro quejumbroso.

—No me creo que los rumores sean falsos. —Emily cogió la mochila y sacó una tableta compacta que extendió sobre sus piernas—. Tengo algo en la base de datos, unas imágenes que conseguí hace un par de días. Aquí están. Dicen que es enorme; no se ha visto nada igual en décadas.

Se humedeció el labio inferior y señaló un cuadrado en la esquina superior de la pantalla en la que una imagen mostraba un gran alpha que no encajaba con ninguno de los tipos registrados hasta entonces: si aquella imagen era real, algo importante se estaba cociendo en el maldito bosque. Algo que nadie podía siquiera imaginar. Por supuesto, Kim no pretendía alimentar sus ilusiones, y tampoco quería que Emily se dejara llevar por fantasías. Pero tenía una leve corazonada. Una que tenía que ver con el hecho de que había perdido el portátil hacía unas semanas... y, con él, toda la información que manejaba y que, ahora más que nunca, temía que pudiera haber acabado en las manos equivocadas. Si así fuese, era probable que aquellos rumores fuesen la constatación de sus sospechas, y necesitaba confirmarlo de una vez por todas.

—Está borrosa —fue todo lo que dijo al ver la imagen.

Emily soltó un suspiro de resignación y recostó la espalda contra la pared.

Se quedaron allí durante unos minutos tan largos que la decepción comenzó a deslizarse a través de los músculos de Kim. Quizá aquella corazonada no era nada y ella estaba corriendo un riesgo innecesario y absurdo.

—Deberíamos volver. Ellis necesita mi ayuda esta noche —dijo al fin, con las piernas agarrotadas por la postura.

No esperó respuesta, simplemente guardó el cañón en la funda que colgaba de su cinturón, así como los binoculares.

Emily, por su parte, asintió, no sin antes echar un último vistazo hacia el bosque. Aquella noche, el lugar parecía muerto, vacío. Como si las bestias se hubiesen ocultado en lo más profundo de su interior esperando el momento oportuno para saltar sobre ellas.

Un escalofrío recorrió a Kim, que se puso en pie y, seguida por Emily, rodeó el muro exterior de la ciudad con la intención de volver a la puerta del tercer anillo.

Estaban al borde del camino cuando un sonido atronador las hizo detenerse.

No era el ruido de las piernas humanas sobre el césped o la gravilla. Aquel era un sonido pesado, férreo, que reverberó sobre la tierra haciendo que cada uno de los huesos de Kim se estremeciera.

Un súbito empujón hizo que los árboles se sacudieran y de la negrura emergió una criatura siniestra e inmensa. La confusión aleteó en la cabeza de Kim. Había visto algún alpha antes, en contadas ocasiones, pero nunca uno como aquel.

—Eso es un... alpha.

La voz de Emily sonó débil, imprecisa.

Sin saber qué hacer, Kim dejó que sus manos vagaran hasta los binoculares para captar una imagen de la criatura, que, al percibir el movimiento, abrió las fauces. El rugido que salió de su garganta chocaba con el sentido común. Los dedos de Emily se apoyaron en el brazo de Kim para tirar de ella.

—No nos atacará —dijo esta con un temblor frío en la garganta—. La valla no le deja salir.

El sonido de su voz se ahogó bajo el ruido que hizo la verja cuando la bestia se abalanzó contra ella. Por primera vez, Kim percibió una duda atascada en su pecho. Siempre había dado por hecho que la valla aislaba sus mundos, que los protegía. Pero el alpha se impulsó de nuevo con violencia y el cercado finalmente cayó con un estruendo que resonó en sus huesos.

Kim contuvo el aliento cuando se dio cuenta de que no existía nada que la separase de aquella monstruosa criatura. Tragó saliva y notó los dedos de Emily apretándole el brazo, instándola a correr.

Pero no lo hizo; estaba fascinada y aterrada. Antes de que el alpha se moviese, ella se permitió estudiar a una de las criaturas que durante años la habían obsesionado. Veía aquellas extremidades profundas y alargadas, las fauces monstruosas, los músculos tensos bajo el pelaje brillante.

Era absolutamente antinatural, grotesco y maravilloso a la vez.

Nerviosa, Kim se apresuró a sacar el cañón de su funda, pero las manos le temblaban tanto que se le resbaló. El alpha, mucho más grande que cualquier otro que hubiera esperado ver jamás, fijó aquellos ojos diminutos del color de la sangre en ella y un rugido furioso escapó de su boca.

Sin pensar en lo que dejaba atrás, Kim echó a correr. Emily, tan solo unos pasos por delante, también se puso en marcha, y, en un pestañeo, las dos huían de regreso a las puertas de la ciudad.

Las pisadas del alpha hacían vibrar la tierra bajo sus pies y los chillidos entrecortados llenaban el silencio y avivaban sus nervios.

Kim corrió cerca del muro que separaba el bosque de la muralla de la ciudad sin mirar ni una vez atrás, con el corazón martilleándole el pecho, con el miedo calándole los huesos. Entonces, un rugido sacudió el mundo y algo la empujó con fuerza haciéndola caer en el límite del bosque. Escuchó a Emily gritar por encima de las voces de algunos agentes que comenzaban a agazaparse en el muro dispuestos a atacar. Su compañera se arrastró al otro

lado del murete y caminó por la pendiente de un desfiladero que marcaba uno de los límites al este del bosque. La vio tambalearse, y, antes de que Emily pudiese anticipar el movimiento de uno de los agentes, Kim gritó:

—¡Cuidado!

Pero el aviso llegó demasiado tarde. Emily debió de haber escuchado el terror en su voz, porque su cara palideció justo antes de que el proyectil la alcanzara. Cayó al suelo, se golpeó la cabeza y rodó por la gravilla. El mundo se meció y Kim se levantó mientras las palabras le trepaban por la garganta con la misma fuerza con la que sus piernas corrían hasta su amiga.

—Mierda, mierda, mierda —gritó Kim, desesperada.

Haciendo caso omiso del sentido que la urgía a escapar de allí, Kim no se detuvo hasta llegar a Emily y comprobar el pulso inexistente en su muñeca. Se le escapó un gemido, un sollozo que convirtió en piedra su dolorido corazón.

—No, no, joder...

Arrodillada junto al cuerpo de su amiga, escuchó las voces de los agentes, cuyas linternas iluminaban el camino. Los gritos llenaban el aire de una desesperación tensa que adormiló los sentidos de Kim. En ese instante, vio al alpha junto al bosque y el corazón se le detuvo dentro del pecho. La criatura ladeó la cabeza y ella alcanzó a apreciar con detalle la magnitud de su existencia. Poseía un cuerpo colosal sostenido sobre dos patas inmensas que terminaban en enormes garras sobre la tierra. Una doble fila distintiva de placas romboidales se elevaba verticalmente a lo largo de su arqueado lomo y se extendía hasta el extremo de la cola. Su cabeza era redonda, gigantesca, y simulaba la de los antiguos tigres, pero había algo antinatural en ella, algo que evidenciaba la mano de la multitecnología. Los huesos frontales eran más estrechos, lo que acentuaba una expresión feroz que dejaba en evidencia unos incisivos más largos que un antebrazo humano.

El miedo lacerante, instintivo, la sacudió de golpe. Kim sujetó los dedos entumecidos de Emily y el dolor la mareó, la abrumó de

tal manera que sus pies fueron incapaces de responder a su cerebro, que la instaba a salir de allí.

«Levántate por tus hijas; vuelve a casa», musitó una voz en su cabeza cuando el alpha dio una nueva sacudida en su dirección. Con sus hijas como motivo, Kim intentó incorporarse, pero la criatura le cerró el paso. Ella, ante su presencia, cerró los ojos con fuerza. La tierra se estremeció bajo sus pies y una sacudida violenta la derribó antes de que el alpha la tomara con sus enormes garras delanteras y la arrastrara hacia la más absoluta oscuridad del bosque.

CAPÍTULO 1

NEREIDA

Todos sabían que a Nereida solo le importaban dos cosas: destacar por encima de sus compañeros y que sus cuchillos estuviesen suficientemente afilados como para cortar un brazo. La primera era un conflicto con el que llevaba toda una vida lidiando, mientras que la segunda era algo que iba de la mano con su trabajo.

En los últimos tiempos, ambas cosas parecían ir, más que nunca, de la mano. Por suerte, Nereida llevaba días elaborando un plan para solventar algunos asuntos que la habían condenado a ser una relegada más dentro de su propio gremio. No podía fallar, no se lo podía permitir de ninguna manera. Y aquella noche era perfecta para llevarlo a cabo: podía mimetizarse con las sombras de la ciudad, sacar los cuchillos y trabajar sin miramientos.

Amparada en esos pensamientos, se mordió el labio y se ajustó el cinturón sobre el traje gris. Comprobó los cuchillos mientras repetía mentalmente que no estaba allí para matar. Solo necesitaba observar, convencerse a sí misma de que no todo estaba perdido. Hacía meses que la Hermandad de Asesinos no le asignaba ninguna tarea importante y la situación empezaba a desesperarla. Ese día las cosas podían ser distintas. Las calles del tercer anillo estaban a rebosar de curiosos. Nereida sacudió la cabeza con disgus-

to; el olor a sudor y humo le resultaba casi insoportable. Todo era muy reciente, y podía comprender la necesidad de los ciudadanos de ir a ver con sus propios ojos el desastre del que se hablaba en todos los medios de comunicación.

El atentado de la noche anterior había dejado al menos una docena de muertos y una lista larga de heridos. Desde entonces, con las armas en las manos, la Policía peinaba la zona sin una pizca de disimulo. Un sinfín de personas —mujeres con sus hijos a cuestas y hombres que se dirigían a sus lugares de trabajo— se veían atraídas al lugar, a pesar de que aún no había amanecido, y lo miraban con cautela al pasar junto a él, como si su mayor interés fuera ser testigos del desfile de culpables que tarde o temprano saldrían del edificio en ruinas.

Nereidaladeó el rostro siguiendo la actividad de los policías en medio del oscuro callejón, intentó recordar la última vez que había visitado los bajos fondos del tercer anillo en calidad de asesina y no de bebedora ocasional en busca de juerga. Por desgracia, no lo recordaba, y eso evidenciaba lo mucho que llevaba sin trabajar de verdad. Se sentía consumida por su propia amargura, condenada a una vida vacía en la que la rutina no era más que el mismo trago rancio cada día.

Sus nudillos se tensaron y un latigazo de incomodidad le recorrió la espalda. ¿Qué pasaría si alguien de la Hermandad la viese allí? ¿Y si descubrían lo que intentaba hacer? Si quería recuperar su vieja gloria, era mejor no averiguarlo; tendría que actuar por su cuenta, aunque con ello estuviera desafiando las normas. Camuflada por las sombras de la noche, Nereida se acercó hasta la siguiente esquina. Entornó los ojos y sintió una chispa de esperanza; desde allí obtenía una vista perimetral de los acontecimientos. La calle angosta estaba rodeada por dos edificios de base cuadrada cuyas fachadas despintadas evidenciaban el declive del lugar. Las ventanas con los marcos oxidados permanecían abiertas y algunos rostros se asomaban desde el interior. Antes de que alguien pudiese verla, se apartó de los edificios y, en silencio, se deslizó hasta el borde de la calle.

Estudió los movimientos metódicos y elegantes de las fuerzas policiales. Las vio entrar en la edificación del fondo, un inmueble de aspecto abandonado cuyas paredes llenas de grietas dejaban a la vista los cables cortados y algún trozo de metal de los paneles interiores.

Los policías no tardaron demasiado en volver a la calle, envuelta en los gritos indignados de la multitud. En medio del caos, arrastraban de los brazos a un grupo de jóvenes que no podían tener más de dieciocho años. El hambre les deformaba los rostros delgados, los cuerpos escuálidos.

Casi al instante, los gritos desbordaron a la gente apiñada en el extremo de la calle al ver como los inculpados eran empujados fuera del viejo edificio. Un clamor lleno de furia sacudió a la multitud y los policías alzaron las armas. No dispararon, por supuesto, pero aquel simple gesto fue suficiente para disuadir a la muchedumbre y, poco a poco, los gritos se fueron convirtiendo en un murmullo lleno de incredulidad.

Nereida levantó los ojos justo a tiempo para ver como el hombre que se mantenía junto a una de las patrullas se ajustaba la chaqueta de cuero. Un movimiento sutil con el que ella adivinó que escondía un cañón bajo la ropa. Probablemente un pulverizador de corto alcance, un arma no demasiado potente, pero lo suficientemente letal como para considerarse ilegal dentro del tercer anillo.

El hombre presenció la detención con actitud distante durante unos minutos, al menos hasta que se llevaron a los detenidos en los aerodeslizadores. Entonces se dio media vuelta y cruzó la calle para perderse entre los callejones oscuros del tercer anillo. Nereida lo siguió. Estaba convencida de que aquellos chicos no eran más que un cebo puesto ahí por la Resistencia para distraer a las autoridades de las verdaderas mentes criminales.

En la Hermandad de Asesinos siempre se hablaba de la Resistencia, por supuesto, eran uno de los mayores enemigos de Ynsgard. El grupo de criminales, revolucionario, armado y peligroso, había cobrado suficiente relevancia en los últimos años como

para representar una amenaza que las megacorporaciones pretendían erradicar. Al fin y al cabo, la Resistencia llevaba casi dos décadas luchando por la independencia del norte. Y puede que sus ataques estuvieran haciendo mella en el imperio, porque lo cierto era que estaban perdiendo control sobre las tierras del norte. Pero tanto la emperatriz como su séquito se negaban a ceder ese territorio, y era allí justo donde la Hermandad resultaba de tanta ayuda. Al ser asesinos entrenados al servicio de la seguridad nacional, podían acabar con un líder problemático o con todo un grupo de rebeldes. Cualquiera que pudiese suponer un peligro podía convertirse en un objetivo de la Hermandad.

Y Nereida creía que ese hombre al que estaba siguiendo era justamente eso: una amenaza para Ynsgard. Por eso apretó los labios cuando él se desvió del camino. Aun así, se mantuvo a cierta distancia, oculta en las sombras de la noche, sin apenas fijarse en las personas con las que se cruzaba. De repente, el hombre giró a la derecha y se acercó a un edificio rectangular sin ventanas. Nereida se escondió tras un anuncio apagado y se fijó en todos los detalles de aquel lugar: una azotea demasiado alta, paredes lisas sin posibles sujeciones y pocas posibilidades de escape. Los asesinos estaban entrenados para aguzar sus sentidos, por lo que no le costó percibir desde su escondite el movimiento de manos del hombre, que sacó una tarjeta del bolsillo para deslizarla a través de un lector de barras y hacer que la puerta se abriera con un chasquido.

El corazón se le aceleró. Después de todo, aquella era su oportunidad.

Tenía la posibilidad de redimirse de sus errores.

De volver a ganarse el respeto de su gremio.

Se puso de puntillas y paladeó la adrenalina del momento. Se pasó las manos por la tela del pantalón para limpiarse el sudor y flexionó las rodillas. Estaba a punto de deslizarse hacia la puerta cuando una mano firme le apretó el hombro izquierdo y tiró de ella hacia atrás. Nereida cayó de espaldas, ahogando una maldición, y, sin pensárselo, desenvainó el cuchillo para defenderse.

—Siri.

El nombre salió de la boca de Nereida casi sin darse cuenta y apenas había terminado de pronunciarlo cuando otro asesino apareció a su izquierda. El recién llegado le presionó la mano con el pie justo cuando ella estaba a punto de moverla hasta el cañón en su chaqueta.

—Quietecita —dijo este con sorna, y los ojos de Nereida volaron de nuevo al edificio. Acababa de perder su oportunidad.

Se produjo una larga pausa antes de que Nereida pudiese liberarse y ponerse en pie:

—¿Qué carajos estáis haciendo aquí?

Claudio entrelazó las manos con un gesto divertido y aguardó a que Nereida recuperara la compostura.

—¿Salvarte?

La burla en la voz del asesino obligó a Nereida a entrecerrar los ojos azules. Se fijó en el aspecto renovado que tenía Claudio; se notaba que acababa de hacerse unas cuantas modificaciones que, lejos de volverle atractivo, le proporcionaban un aspecto demasiado duro, masculino. Para empezar, llevaba el pelo castaño recién cortado a la última moda y en el mentón cuadrado comenzaba a apreciarse una pelusilla oscura. Los dientes blancos y afilados asomaban en unos labios delgados y poco armónicos. Pero las mejoras de sus facciones eran especialmente notables en la nariz recta, las cejas demasiado altas y unos pómulos marcados.

—Evitamos que hagas algo estúpido —susurró Siri, y sonrió.

—No, en realidad acabáis de arruinar mi intervención. Estaba a punto de cogerlo.

Siri no pareció leer la ira que Nereida se esforzaba por disimular, aunque su sonrisa se atenuó un poco. A diferencia de Claudio, Siri poseía una figura grácil y femenina bien ajustada a su rostro dulce. Tenía la cara angulosa, las cejas delgadas y una nariz respingona que coronaba unos labios carnosos pintados de violeta.

—No, Nereida, estabas a punto de hundir tu carrera —la corrigió Siri, y entonces cruzó los brazos sobre el pecho con determi-

nación—. ¿En qué estabas pensando? ¿Emprender una tarea que no se te ha asignado? Sé que solicitaste este trabajo, pero ni Jacin ni Ida te han autorizado. Deberías aprender a acatar órdenes.

No era una sugerencia, y Nereida lo sabía. Sus palabras estaban teñidas por la decepción, y aunque Nereida no lo reconocería en voz alta, era consciente de todas las normas que se estaba saltando al estar allí. Después de todo, Ida y Jacin eran los dirigentes de la Hermandad, y ninguno de ellos había aprobado la solicitud que hizo para encargarse de esa misión.

Nereida tragó saliva, pero no permitió que su rostro mostrase ni un ápice de arrepentimiento. Lo último que quería era que sus compañeros pudiesen ver su frustración, el miedo que sentía cada vez que la rechazaban dentro de la Hermandad. Apretó las manos con fuerza y Siri se acercó un poco más a ella. En sus ojos titilaba algo parecido a la lástima y eso fue suficiente como para que Nereida se apartara y esquivara el contacto físico entre las dos.

—Os comportáis como los fieles perritos de Jacin —dijo, y la voz le salió cargada de resentimiento—. Empiezo a creer que no tenéis criterio para tomar vuestras propias decisiones.

Con un suspiro de frustración, Nereida guardó en el guantelete, bajo la atenta mirada de sus compañeros, el cuchillo que había estado empuñando hasta ese momento. Sabía que, en cuanto ella se diera media vuelta, ellos entrarían al edificio a terminar con el trabajo.

—Alguien te está esperando en la avenida principal.

La dureza del tono de Siri no amilanó a Nereida, que en ese momento echó a andar. Entrecerró los ojos y comprobó que al menos otro par de asesinos aguardaba a las afueras del edificio y ya estaban registrando las puertas.

Con una profunda decepción, Nereida avanzó hasta la avenida. Las luces azules y violetas de la ciudad afilaban el rostro de Kenneth. Su amigo la esperaba con la espalda pegada a un cartel del metro y una expresión de preocupación que a ella no le pasó inadvertida. El cabello castaño le caía sobre su tez oscura. Tenía

una nariz muy recta, unos ojos negros y un mentón prominente. En ese momento, parecía mucho mayor de lo que en realidad era, o tal vez esa fue la impresión de Nereida al escuchar la reprimenda que se abría paso a través de sus labios.

—Acabo de salvarte el culo —soltó él, señalando con el pulgar el otro extremo del callejón.

—¿Gracias? —La tensión de sus hombros creció y, con un disgusto latente, desvió la mirada hacia el cielo nocturno.

—Te estaban siguiendo, Nereida —respondió Kenneth—. La Hermandad sabía que pretendías cobrarte una víctima que no te asignaron. Llamaron a tu hermana.

La mala noticia cayó con fuerza sobre sus gastadas esperanzas y, en silencio, Nereida bajó los ojos para esquivar el desconcierto en el rostro de su amigo. De todas las cosas que podían suponer un problema, su hermana era la peor opción. La tensión se le acumuló en los hombros y, por una vez, deseó despojarse de su identidad. Ser una persona diferente.

Sacudió la cabeza con fuerza.

—No me interesa —soltó, y continuó caminando con la intención de volver al segundo anillo.

—Nereida, por favor —llamó Kenneth, pero ella no se detuvo. Apretó la marcha dispuesta a dejar atrás todo el asunto—. Lo que acaba de pasar es importante.

Lo ignoró y Kenneth corrió para alcanzarla. La detuvo frente a una tienda de alimentación cuyas puertas permanecían abiertas y cuyo anuncio de neón se encendía y apagaba a intervalos irregulares.

—Te has vuelto a saltar las normas —le recordó, y Nereida se pasó una mano por el rostro cansado—. Han pasado dos años, creo que es momento de que vayas superándolo.

Las manos de Nereida temblaron ligeramente y no pudo evitar arrojarle una mirada airada por el atrevimiento que se tomaba al hablarle así. Sí, habían transcurrido ya dos años desde que había pasado de ser la mejor asesina de la Hermandad a convertirse en

una renegada, una paria dentro de su propio gremio, pero no necesitaba que se lo recordasen.

Frustrada, reprimió el deseo de gritar y forzó una sonrisa taimada.

—No necesito que me cuides, Kenneth. —Dio un paso atrás—. Ni siquiera llegué a entrar al edificio, no hice nada ilícito. Es imposible que en la Hermandad alguien pueda amonestarme por esto.

Kenneth suspiró con fuerza y una arruga se formó en medio de sus cejas.

—De acuerdo, si es lo que quieres, no diré nada más —cedió este, y se echó hacia atrás como si Nereida lo hubiese golpeado—. Pero tu hermana acaba de hacer un anuncio importante sobre el alpha y necesita que toda la atención esté puesta en eso. Deberías tenerla en cuenta cuando se te ocurra hacer este tipo de cosas, Nereida, incluso si consideras que no va a haber repercusiones.

—¿Qué anuncio?

—Si estuvieses menos centrada en tus asuntos, habrías visto que Zarina acaba de convocar una Cacería.

La fuerza de la revelación le arrancó todo el aire de los pulmones.

«Zarina no puede estar tan desesperada como para recurrir a esto», fue lo único que pensó, pero las palabras no llegaron a escapar de sus labios. En lugar de responderle, giró sobre sus talones con el peso del fracaso sobre los hombros y volvió al segundo anillo, en el que la soledad aguardaba por ella.